



manuel olimón nolasco

historiador

LA FAMILIA HERENCIA Y RETO.

2.-HACIA UNA FAMILIA GENEROSA Y ABIERTA.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Puedo decir sin riesgo a desviarme del camino, que la convocatoria que Su Santidad el Papa Francisco hizo a un Sínodo episcopal extraordinario, la realización de éste y una nueva convocatoria para el Sínodo ordinario teniendo como punto de reflexión la familia, ha despertado energías que no pueden quedarse en frases superficiales y menos en condenas o nostalgias. Se convierte en algo obligatorio reflexionar serena y lúcidamente a propósito de algo de interés vital y dimensiones universales.

La familia es y ha sido la primera experiencia de los seres humanos, el espacio en el que toma forma la personalidad de cada uno y a la vez el vínculo que liga la individualidad al cultivo comunitario, a la herencia de los pueblos y de las civilizaciones. Por ello así como la intensidad en la vida familiar es signo de solidez de una cultura, las rupturas, el desgaste y la fragilidad en esta área de vida hace endeble los valores de la cultura.

A nadie ha de extrañar, pues, que el camino que la humanidad ha recorrido durante las décadas más recientes, manifestado por una parte con la extraordinaria expansión de la comunicación pero por otra por un desconcierto generalizado, afecte de manera clara no sólo las formas o modelos tradicionales de la familia, sino a su misma esencia. El individualismo extremo, ese afán de sostener "los propios deseos como un absoluto", la ilusión de poder forjarse un mundo a la medida de cada uno revolotean sobre las cabezas de muchos provocando una especie de "lluvia ácida" que trastorna la calma y aleja la felicidad, que hace que se ponga atención únicamente al instante y no a la memoria creativa que le da sentido al porvenir.

Sólo en fechas relativamente recientes--como lo señalé en mi anterior artículo--se ha insistido en la familia restringida y se la ha puesto casi como el único modelo posible: la "familia nuclear", cuando la realidad es que los modelos de familia son múltiples y los lazos y apoyos entre sus miembros también son múltiples. Este reconocimiento nos abre perspectivas extraordinarias que se alejan de la a veces machacona insistencia en "males" y nos permite vislumbrar caminos de avance y realidades que si no son totalmente "blancas" tienen tonos grises menos lejanos a ese color.

Desde el punto de vista sociológico, el mundo occidental--y México dentro de él--asiste a un envejecimiento de la población que trae consigo la tentación del desecho de los ancianos, pues la exageración en los valores de la eficiencia y la obtención inmediata de resultados, conduce a no considerar "productivos" a quienes no pueden mostrar resultados tangibles de su intervención sobre la ciencia o la naturaleza. El Papa ha llamado la atención sobre esto--lo subrayo de nuevo--y ha convocado a tener en cuenta la sabiduría y la experiencia, factores de serenidad y estabilidad para todos y, desde luego, de una manera particular para quienes los tienen en su familia. Este mirar hacia los "abuelos"--algo propio y sin problemas en las culturas tradicionales del mundo entero--será saludable para que una familia sea comunidad, célula primera de una sociedad fincada en cimientos firmes y garantía de comunicación entre generaciones. Para que se rompa el cerco de la "nuclearidad" no a favor de la dispersión sino de la ampliación acogedora. Si esto no se hace, las familias monoparentales, los hijos alejados por diversas razones de sus padres naturales, los adoptados por generosidad, quedarán a la deriva, sin la siembra afectiva que les dará seguridad a la hora de dar pasos hacia adelante en el horizonte del tiempo que pasa.

El documento donde se plasmaron las líneas directrices del Sínodo extraordinario marcó con tintas recias los retos que piden una familia generosa y abierta: "...la soledad como sentimiento creciente, la precariedad económica, la violencia" y subrayó de manera especial "la fatiga para acoger la vida naciente" y para dejar de "considerar a los ancianos como un peso". (n. 6).

Debajo de estas consideraciones, a manera de incentivo y de impulso está la invitación a pensar y actuar "haciendo comunidad", pero no simplemente una comunidad de trabajo o de conveniencia, sino de amor. El citado documento posterior al Sínodo recordó lo expresado por el Papa Benedicto XVI en su encíclica "Deus caritas est" sobre la unión entre el amor de Dios y el amor humano: "el modo de amar de Dios es la medida del amor humano". (N. 19). Esta medida ha de estar en la línea de nuestros pensamientos y acciones, pues la mentalidad pragmática que a todos nos ha

invadido dificulta reconocer el vínculo entre el amor divino y el humano incluso por la costumbre de buscar lo normativo, lo legal o salpicar de citas bíblicas nuestras propias ideas u ocurrencias.

